

neral y guiado por las pinturas que le habían llevado: Bernal Díaz le llama Quintalbor, nombre que no es mexicano, aunque en el campo fué conocido con el apellido de Cortés. Llegados los enviados delante de Don Hernando, hicieron la reverencia de estilo, le sahumaron con *capolli* en braserillos que en las manos traían, y extendiendo esteras finas (*petlatl*) sobre el suelo y encima mantas ricas, los cien *tamenes* que venían pusieron los objetos de un rico presente. Componíase éste de telas deliadas entretejidas con plumas, rodela de pluma con planchas de oro y plata, adornadas con aljofar, penachos de grandes plumas, mosqueaderes, brazaletes, collares y orejeras de oro y piedras finas, sandalias con la zuela de una piedra blanca y azul, piezas de armadura de oro, espejos de margajita, tejidos finísimos cual si fueren de seda, figuras vaciadas de diversos animales, como perros de la tierra, leones y tigres. «Sobré todo esto dió dos «ruelas, la una de oro esculpida en ella la figura del «sol con sus rayos y follajes, y ciertos animales señalados, que pesaba más de cien marcos; la otra era de «plata con la figura de la luna, labrada de la misma «manera que el sol, de cincuenta y tantos marcos: tenía de grueso como un real de á cuatro y todas «cizas: tenían en redondo cada una, lo que una rueda «de carreta. Quedaron todos los que las vieron, suspensos y admirados de tan gran riqueza, y juzgóse «que valia el oro y la plata que allí habia, veinte y «cinco mil castellanos; pero la hechura y hermosura de

«las cosas, mucho más valdria de otro tanto.»<sup>1</sup> Trajeron, además, el casco que llevaron prestado lleno de oro, «en grandes crespos como lo sacan de las minas, «que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos «en mas, por saber cierto habia buenas minas, que si «trujeran treinta mil pesos.» En suma, aquello representaba la industria y la riqueza indígenas.

### VIII

Sin el aparato de los méxica y como de oculto llegaron al campamento ciertos emisarios del rebelde príncipe de Texcoco, el joven Ixtlixochitl, traían algún regalo en oro, mantas y plumas, que entregaron á Don Hernando, dándole la bien venida y diciéndole que su señor se ofrecía por amigo suyo; é informándole de las desavenencias y disturbios del imperio, pedía-le ayuda para vengar en Moctecuhzoma la muerte de Nezahualpilli, y poner en libertad á todos los pueblos. Aquel ambicioso fué el primero que acudió al extranjero, buscando apoyo para el logro de una usurpación injusta y una venganza bastarda. Ignoramos

<sup>1</sup> Ixtlixochitl, Hist. Chichim., cap. 80. M. S.



lo que le respondió Cortés, si bien se alcanza no escasearía buenas promesas y palabras.

Tal vez no eran éstas las únicas noticias de su especie adquiridas por Don Hernando. Según un documento que parece auténtico, no obstante no estar exento de contradicción, Tlamapanatzin y Atonaletzin, señores de los pueblos de Axapochco (San Esteban) y Tepeyahualco (Santiago), en términos de Otompa (Otumba), reino de Alcohuacán, disgustados de la tiranía de Moctecuhzoma, sabiendo que los dioses habían llegado á la costa, bajaron en su busca á pedirles favor; mas al alcanzar el término de su viaje los dioses eran idos, con lo cual tuvieron que regresar á sus pueblos: aconteció esto cuando la expedición de Juan de Grijalva. Sabedores que de nuevo se habían presentado los hombres blancos, se hicieron encontrados con los primeros embajadores enviados por Moctecuhzoma, se agregaron á la comitiva de Teuhtlilli, presentándose con él en el campo español. Ofrecieron, por medio de la intérprete Marina, si se les guardaba secreto, entregarían las pinturas antiguas que contenían las profecías con otras noticias importantes. Admitida la propuesta é idos á sus pueblos, retornaron trayendo grandes rollos de pinturas, en donde constaba menudamente la predicción de Quetzalcoatl, la situación y forma de la ciudad de México, caminos para la capital, genealogía de los reyes aztecas, etc., todo lo cual leían y explicaban por medio de los intérpretes, señalando las escrituras con unas

varillas delgadas. Añadieron cuantas informaciones se les pidieron, entre ello, que Moctecuhzoma tenía mucho oro tomado por fuerza, de lo cual y del tesoro de Axoyacatl tenía un aposento lleno, sin sellar y en bruto, fuera de inmensa cantidad de piedras preciosas. Tan importantes descubrimientos pagó D. Hernando con una promesa de tierras, valedera para cuando Moctecuhzoma fuera arrojado del trono, fechada á 20 de Mayo.<sup>1</sup>

Corrobora, en nuestro concepto, lo anterior, el dicho de un testigo presencial, quien nos informa, que Cortés supo de unos indios principales la posición de México, ser advenedizos los méxica, sus guerras y conquistas, tiranía con que Moctecuhzoma gobernaba, é impaciencia con que las provincias llevaban el yugo. «Informado el marqués desto, procuró de hablar «con algunos de los naturales de la tierra que viven «en esta sujeción, los cuales se le quejaron y pidieron «los remediase, é él les ofreció que haría por ellos «todo su poder, é que no consintiríe que les hiciesen «agravio.»<sup>2</sup>

Aun cuando nos faltaran estos testimonios, debíamos admitir, conocida como es la gran perspicacia de

<sup>1</sup> Real ejecutoria de S. M., sobre tierras y reservas de pechos y paga, pertenecientes á los caciques de Axapusco, de la jurisdicción de Otumba, Escribano Serna. Despachada por S. M., en su Real Consejo de las Indias, año de 1537. Fecha dicha merced por D. Hernando Cortés, y á pedimento de partes, año de 1526.—Documentos para la Hist. de México, por Joaquín García Icazbalceta, Tom. II, pág. 1.

<sup>2</sup> Relac. de Andrés de Tapia, pág. 561.



Cortés, que no debió perdonar medio para informarse del estado guardado por el país, aunque no fuera sino para saber dirigirse en su empresa. Y siempre resulta, para este tiempo, que ya era dueño de los secretos del imperio. Por las diversas embajadas infirió la riqueza de la tierra y la debilidad é inepticia de su monarca; dijéronle los caciques las profecías, que hacían pasar á los extranjeros como los prometidos de Quetzalcoatl; supo la guerra civil de Acolhuacán; la tiranía de los tenochca; la impaciencia con que las provincias soportaban el yugo; las diferencias religiosas y de raza; en suma, pudo entender existía la división que hace débiles las naciones. Cuitlalpitoc comenzó á aflojar en el aprovisionamiento del campo, los indios acudieron pocos al rescate y como recatadamente; al cabo de ocho ó diez días reaparecieron en el campamento Teuhtlilli y Cuitlalpitoc, acompañados de numerosos *tamene*; hicieron su reverencia á Cortés, zahumáronle como á dios,<sup>1</sup> y le entregaron un presente para el monarca castellano, compuesto de diez cargas de plumas ricas y finas, cuatro grandes *chalchihuitl* y ciertas piezas de oro que valdrían hasta tres mil pesos, según el cálculo de Bernal Díaz. En

<sup>1</sup> “Esta ceremonia no se hacía, dice Torquemada, lib. IV, cap. XVII, sino á los que reconocían por dioses; y de aquí se advertirá, como por entonces y algunos tiempos después, fueron tenidos estos españoles, de estos indios, por déifcos, aunque en estas primeras ocasiones por puros dioses; y de aquí nació temerlos tanto, que á creer que eran puros hombres, por sin duda se tiene que ni los dejaran pasar adelante, ni dejaran de juntar los reyes de México, de Tezcuco y Tlacupa, que eran los que tenían repartida la tierra entre sí y sus gentes, y salir á consumirlos.”

concepto de los méxica, era aquel un regalo espléndido, pues las plumas valían mucho, estimando el valor de cada *chalchihuitl* en una carga de oro; pero para los castellanos fué el más pobre, supuesto que mantas y plumas eran objeto de curiosidad, las piedras carecían de estima, y sólo el oro podía llamarles la atención, en cuanto á metal, sin atender al artefacto. Respecto del negocio principal, negábase absolutamente Moctecuhzoma á tener entrevista, expresando resueltamente su resolución, de no volver á recibir mensajero ni mensaje acerca de aquel punto. Pesó á Cortés de semejante respuesta, y volviéndose á los soldados que le rodeaban: «Verdaderamente, dijo, debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algún día le hemos de ir á ver.» Y respondimos los soldados: «Ya querriamos estar envueltos con él.»<sup>1</sup>

Á la hora del Avemaría, al tañido de una campana que en el real había, se arrodillaron los castellanos delante de una cruz colocada sobre el médano más alto, haciendo devota oración. Maravillado Teuhtlilli, preguntó lo que aquello significaba: entendiéndolo Cortés, invitó á Fr. Bartolomé de Olmedo para declarar á los méxica los misterios de la fe: en efecto, hízoles el religioso un largo razonamiento, «que unos buenos teólogos no lo hicieran mejor,» terminando con decirles que sus ídolos eran falsos y malos dioses, que huían delante de la santa señal de la cruz, á los cuales no debían adorar, y que en su lugar pusiesen

<sup>1</sup> Bernal Díaz, cap. XL.



una cruz como aquella que veían y aquella imagen de la Virgen con su niño en los brazos, que para el intento se les daba: los embajadores prometieron decirlo á Moctecuhzoma y cumplirlo. La maravilla de los indios no podía venir de acto de adoración, sino de que tuviera lugar delante de la cruz, símbolo de Quetzalcoatl, signo religioso también para los mexicanos; de aquí su confusión de ideas, pues no era verdad que el dios de la lluvia ahuyentase á los otros dioses, pues por experiencia los veían estar juntos. Suponiendo las ideas bien trasladadas por los intérpretes á sus respectivos idiomas, el momento de la predicación fué inoportuno, porque se escogió la hora del rompimiento; el medio de explicar cosas abstractas inadecuado; una sola insinuación nunca decide el cambio en opiniones religiosas. Retiráronse definitivamente los embajadores. El último rescate tuvo lugar con los indios que acudieron al real con Teuhtlilli, pues en la noche huyeron sin ser sentidos Cuicatlalpítoc y los naturales que habían estado sirviendo á los castellanos.<sup>1</sup>

Cuando estaba en construcción la Villa Rica, llegó al real de Cortés, una embajada de Moctecuhzoma, compuesta de dos jóvenes sobrinos suyos, á los cuales acompañaban cuatro ancianos que les servían de consejeros y, además, un buen número de tamenes. La nueva de la captura de los recaudadores que ha-

<sup>1</sup> Bernal Díaz, cap. XL —Gomara, cap. XXVII.—Torquemada, Lib. IV, cap. XVIII.

bía mandado el emperador, y de la sublevación de los totonaca, había encendido en ira al monarca, quien alistó numeroso ejército para castigar á los culpables; pero en aquella sazón llegaron á Tenoxtitlán los dos nobles que Cortés había puesto en libertad, y esta circunstancia originó un cambio en las ideas del monarca, motivando el envío de los embajadores. Estos llevaron un presente en ropas, plumas, joyas y un casco bien colmado de pepitas de oro, como las que se recogen en los ríos, todo lo cual fué valuado por los castellanos en unos dos mil pesos. Los enviados manifestaron á Cortés «que Moctecuhzoma su Señor le enviaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber de ella.»<sup>1</sup> Además, le dió las gracias por haber puesto en libertad á los recaudadores, suplicándole á la vez, que hiciera lo mismo con los otros tres enviados que tenía en su poder. Según Bernal Díaz, agregaron los embajadores algunas quejas sobre la sublevación de los totonaca. Cortés recibió afablemente el regalo; expresó su resentimiento por haberle abandonado los súbditos de Moctezuma en la costa, y dijo que esta fué la causa por la cual se vió precisado á unirse con los totonaca; que estos pueblos le habían tributado honores, y que por esta razón suplicaba al emperador les perdonara el desacato co-

<sup>1</sup> Gomara, Cron. Cap. XXXVII. Sabido es que Cortés mandó decir á Moctecuhzoma que necesitaba el oro para curarse un mal de corazón que padecía. No es de extrañar, en vista de esto, la contestación que, según el autor citado, le dieron los embajadores.



metido. Pagó el presente con cuentas de vidrio y otras bujerías; entregó á los tres presos cuya libertad se le pedía, y ordenó que se hiciera escaramucear á los hombres de á caballo, antes de que fuesen despachados los embajadores. El autor á quien seguimos en estos apuntes, manifiesta que la nueva de aquella embajada se propagó rápidamente por el Tonacapan, comunicando gran seguridad á los rebeldes. En lugar de ser destruidos los extranjeros, se veía que eran tratados con todo miramiento, y la conducta de Moctezuma no se podía interpretar sino por miedo, y con razón llamaban teules á los blancos, puesto que el orgulloso emperador, los respetaba y obsequiaba como á ninguno de los soberanos de Anáhuac. Pueden consultarse á este respecto, las obras de Bernal Díaz, Gomara, Herrera y Torquemada.

Una de las primeras comunicaciones entre los mismos conquistadores, se verificó, según Orozco y Berra, algunos días después de la tan celebrada destrucción de las naves, cuando ya Hernán Cortés se encontraba en Cempoalla. Llegó, cuenta el historiador antes dicho, un correo de la Villa Rica con el que Escalante participaba á Cortés, andar por la costa cuatro navíos; que habiéndolos visto, Juan de Escalante, salió en una barca, y de ellos supo pertenecía á Francisco de Garay, Gobernador de Jamaica, por cuya orden venían á descubrir, díjoles el Capitán estar ya la tierra poblada por Hernán Cortés, en señal de lo cual tenía fundada una villa una legua de

donde estaban las naves, á cuyo lugar podían venir á dar cuenta de su venida; respondieron haber visto ya la Villa y allá irían; mas hasta entonces no se habían presentado, ignorándose cual fuera el intento de aquellos navegantes. Sobresaltado Cortés con el pensamiento de ser aquella gente de Diego Velazquez, dejó apresuradamente á Cempoalla acompañado de cuatro ginetes, dando orden de seguirle á los cincuenta mejores peones: el ejército quedó al mando de Pedro de Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval, encargado por primera vez de un punto importante.<sup>1</sup>

«Mientras los invasores penetraban en el imperio, Moctecuhzoma proseguía en su desacordado sistema; en vez de prevenir armas y aparejar tropas para la guerra, permanecía en punible ociosidad. Por todos los caminos recibía diariamente numerosos mensajeros con noticia de los dioses, quedando satisfecho al saber no se apartaban de la costa. Envió nigromantes y hechiceros á Cempoalla, para encantar á los blancos, y como ninguna alcanzaron, al tornar á Tenochtitlán y darle cuenta de la inutilidad de sus conjuros, se consoló pensando, que metidos los castellanos en la Capital, las artes mágicas surtirían el apetecido efecto.<sup>2</sup> Sabedor de haberse puesto los teules en camino, comunicó sus órdenes, encargando á los suyos tuvieran gran diligencia en recibirlos benévo-

<sup>1</sup> Historia antigua y de la conquista de México, por el Lic. Manuel Orozco y Berra. Tomo IV, Cap IX, pág. 192.

<sup>2</sup> Durán. Cap. LXXII. M. S.



lamente. Apenábale mucho saber que los españoles preguntaban por su persona, á lo cual daban por respuesta, ser «hombre de perfecta edad, y que era hombre enjuto y de mediana estatura, y que en su cara representaba mucha gravedad, y mucha prudencia, «y gran valor.»<sup>1</sup>

«Hizo tambien llamar al Huitznahuatl Motelchiuh, mándole salir al encuentro de los blancos, á fin de saludarlos en su nombre y servirles de guía. El Huitznahuatl marchó apresuradamente acompañado de algunos nobles, hasta ponerse en el presencia de Cortés, en el lugar nombrado Chichiquila; presentó al general un ramillete de rosas, saludándolo por medio de Marina. «¿De donde eres?» le preguntó el castellano. «Soy de la ciudad de México, respondió Motelchiuh, y soy enviado del poderoso Moctecuhzoma, quien os da la bienvenida, deseando vayais poco á poco el camino, para que no padezcáis en la salud; os está esperando y desea vuestra llegada á su ciudad y casa.» Marina dijo entonces: «dice este dios, padre mío, ¿que cómo te llamas?» — «Me llamo Huitznahuatl Motelchiuh.» — «Este dios dice, prosiguió Marina, que agradece mucho á Moctecuhzoma el cuidado y la visita que le envia; que ya va de camino y acercándose á México, para gozar la presencia de quien tanto favor y bien le hace.» — «Señora, dile á ese dios, replicó Motelchiuh, esté satisfecho del deseo que en servirle tiene Moctecuhzoma, quien ha ordenado pena

<sup>1</sup> Sahagún relación de la conquista. Cap. IX.

de la vida en todas las provincias, sea él bien recibido con todos los dioses sus compañeros, con agrado y sin faltarles nada: quisiera saber si así se ha cumplido.» «Marina, le respondió á Huitznahuatl, el dios que presente está, te agradece á ti y á tu señor, todo ese cumplimiento y obras que se han tenido en que él «vaya poco á poco á verse con él; que te ruega que te «vuelvas á México y le des las gracias á tu señor de «su parte, y que no tome trabajo de enviar quien le «guíe, que acá tenemos quien nos guíe y enseñe el «camino.» Motelchiuh tornó á dar la desabrida respuesta á Moctecuhzoma, quien se consoló diciendo: «Vengan cuando quieran, que esperándolos estoy, ya que no hemos tenido maña de hacerlos volver á su tierra como la vez primera.»<sup>1</sup>

En Xocotla recibió D. Hernando, por boca de Olintetl, cumplidas noticias acerca de Moctecuhzoma, su poderío y su riqueza, situación de la ciudad de México, fuerza y opulencia. Consultando cuál sería camino mejor para ir á México, Olintetl ofreció llevarlo por tierras del imperio, sin pasar por Tlaxcalla, señalando como tránsito la ciudad de Cholollan: los totonaca contradijeron la opinión, asegurando ser traidores los chololteca y amigos de Moctecuhzoma, siendo más acertado atravesar por Tlaxcalla, cuyos moradores, amigos suyos, eran enemigos jurados de los méxica, contando, además, con multitud de fuertes guerreros, con los cuales tendría cuenta confede-

<sup>1</sup> P. Durán. Cap. LXXII. M.S.—Tezomoc. Cap. 110. M.S.



rarse. Prevalció esta segunda opinión, y, en consecuencia, Cortés escogió cuatro de los principales cempoalteca, á quienes entregó para servir de presente, para los señores de la república, un sombrero vedijudo colorado de Flandes, acompañado de una carta, la cual, bien entendida, no sería comprendida de los indios, sin embargo de lo cual deberían tomarla como cosa de mensajería; las instrucciones dadas á los embajadores se reducían á ofrecer la amistad de los blancos y su protección para defenderlos de Moctecuhzoma. Envió también una ballesta y una espada para poner admiración en los tlaxcalteca, á la vista de las armas manejadas por los extranjeros.<sup>1</sup>

Después del terrible encuentro habido en Tecoaac, donde los guerreros otomíes se batieron con bizarría, mataron con el macahuitl un caballo, cortándole á cercén el cuello, y desjarretaron otro caballo é hirieron á varios caballeros; á poco de retirados los guerreros, se presentaron á Cortés, emisarios de la República con dos de los embajadores cempoalteca, diciendo que les pesaba el atrevimiento de aquellos bárbaros, que la señoría de Tlaxcalla deseaba la amistad de los extranjeros y querían recibirle en Tlaxcalla; manifestaron, además, que si deseaba le pagasen los caballos muertos por ellos, le mandarían oro y joyas.

Allí curaron los españoles á sus heridos «con el

<sup>1</sup> Bernal Díaz. Cap. LXII.—Gomara, Cron. Cap. XLIV.—Herrera, Dec. II, lib. VI, cap. III.—Torquemada. Lib. IV, cap. XXVII.

unto de un indio gordo . . . . que se abrió.<sup>1</sup> Al día siguiente, 1.º de Septiembre, siguieron su marcha los españoles á la madrugada. A la salida del sol y al pasar una honda quebrada, ladró un perro; avanzó Lares, que era buen jinete, quien descubrió unos indios; mató á dos, huyeron los demás y aparecieron los otros embajadores cempoalteca, diciendo que los habían preso los tlaxcalteca para sacrificarlos, pero que habían logrado escapar de la cárcel y tenían noticia de que en el campo enemigo se pensaba sacrificar á todos los blancos.<sup>2</sup> Mentira debió ser, escribe el Sr. Orozco, pues todos aquellos pueblos guardaban con estricta fidelidad las inmunidades de los embajadores; acaso éstos, porque no los dejaban volver, huyeron impacientes, disculpándose con una falsedad.

Más adelante aparecieron dos escuadrones de guerreros dando gritos, tocando sus instrumentos bélicos, y lanzando una lluvia de piedras y flechas; Cortés hizo alto y ordenó al escribano Diego de Godoy, que hiciera el requerimiento de estilo, y diera fe y testimonio de ello para que en ningún tiempo se le tomaran en cuenta los daños que causara.

La batalla de aquel día fué una de las más sangrientas. Bernal Díaz informa: «con el unto de aquel «indio que ya he dicho otras veces se curaron nues-

<sup>1</sup> Cartas de relac.—Bernal Díaz.—Gomara.—Herrera.—Torquemada.—Ovied.—Ixtilioxochitl.

<sup>2</sup> Herrera. Dec. II, lib. VI, cap. V.—Torquemada. Lib. IV, cap. XXX.